



## Comentario bibliográfico

**Cohen, Charles L. y Numbers, Ronald L.: *Gods in America. Religious Pluralism in the United States*, Nueva York, Oxford University Press, 2013.**

***Paula Seiguer***

*CONICET / Universidad de Buenos Aires / GIEPRA  
pseiguer@yahoo.com.ar*

*Fecha de recepción: 03/03/2014  
Fecha de aprobación: 07/03/2014*

**L**a diversidad religiosa es un tema que despierta cada vez mayor interés, tanto en la Argentina como en el mundo. Su derrotero (¿Está en crecimiento? ¿Cómo y por qué?), las negociaciones, choques y adecuaciones que conlleva (¿Cómo lidiar con los conflictos de base religiosa? ¿Son irremediables? ¿Es necesaria la intervención estatal?), los campos sociales en los que se manifiesta (judiciales, escolares, laborales, familiares, espacios públicos, etc.), han llevado a que nos enfrentemos con preguntas de difícil resolución sobre el espacio y el rol que la religión juega (a menudo, como veremos, difícil de diferenciar del que creemos que *debería* jugar) dentro de cada sociedad.

Los debates europeos en torno del velo islámico, por ejemplo, han puesto sobre el tapete los límites de la tolerancia a las diferencias, las tensiones entre igualdad y libertad, y la peculiar interpretación que diversas culturas hacen de todos estos términos. Mientras tanto, la centralidad de

varios discursos religiosos en la política internacional han puesto en jaque la división entre lo público y lo privado, abriendo interminables debates sobre los alcances y sentidos del proceso de secularización.

En la Argentina este tema no ha tenido una presencia demasiado continua en los medios ni en el debate público: suele plantearse brevemente en torno a circunstancias que son presentadas en general de modo descontextualizado, y que por lo mismo parecen fruto de una problemática individual, e incluso de una irracionalidad patológica. Así, el caso de un Testigo de Jehová que rehúsa una transfusión de sangre, o el descubrimiento de un altar a San La Muerte en un allanamiento, por ejemplo, o la meditación masiva en los bosques de Palermo en ocasión de la visita de Ravi Shankar, aparecen como emergentes que se comentan sin un análisis cuidado y a menudo con un desconocimiento que para los especialistas que dedicamos tanto tiempo a pensar sobre estos temas resulta pasmoso, y, por qué no reconocerlo, también algo ofensivo. Al mismo tiempo, sin embargo, el discurso estatal se ha llenado en los últimos años de referencias celebratorias al pluralismo y la pluralidad, incluyendo la religiosa, que exceden a cualquier filiación política específica. La circulación de estos términos no ha sido acompañada de una precisión sobre su significado. Esto, que es lógico desde la perspectiva de la construcción de un símbolo político, necesariamente polisémico, ha inquietado a los académicos, cuyo lenguaje funciona según una lógica diferente. Así, Alejandro Frigerio e Hilario Wynarczyk han intentado poner algunos puntos sobre las íes, afirmando en un artículo que "diversidad no es lo mismo que pluralismo", e insistiendo en que éste último implica no solamente la existencia de múltiples opciones religiosas, sino una legitimación social de ellas, que no se encontraría dada aún en la Argentina<sup>1</sup>.

En los Estados Unidos, sin embargo, la cuestión del pluralismo religioso tiene una densidad histórica, así como un peso teórico y político que resulta desconocido en nuestras latitudes. La relación entre el Estado y la religión, tal como la consagra la primera enmienda constitucional de 1791, asume no que serán extraños, sino que ninguna creencia tendrá un estatuto privilegiado, tal como lo tenía la Iglesia Anglicana en Inglaterra. El respeto a la diversidad religiosa, que no existía

---

1 Frigerio, Alejandro y Wynarczyk, Hilario: "Diversidad no es lo mismo que pluralismo. Cambios en el campo religioso argentino (1985-2000) y lucha de los evangélicos por sus derechos religiosos", en *Sociedade e Estado*, Vol. 23, Nº 2, mayo/agosto. 2008, pp. 227-260.

en la mayoría de las colonias norteamericanas, quedó inscrito en la mitología estadounidense a partir del símbolo del Mayflower y los Padres Peregrinos como fundadores de la nación: si los Estados Unidos son la tierra de la libertad, esa libertad es ante todo la libertad de culto. En el primer capítulo de *Gods in America*, "Religious Pluralism in Religious Studies", la historiadora Amanda Porterfield insiste sobre este punto para mostrar de qué manera se ha construido la particular relación norteamericana entre diversidad religiosa y democracia: el pluralismo religioso, nos dice, es originalmente un producto del idealismo protestante liberal, que asume que la existencia de muchas iglesias terrenales ("denominaciones") solo es una fachada detrás de la cual se debe descubrir una única iglesia de Cristo, de naturaleza espiritual. Por ende, las diferencias son sólo epifenómenos, mientras que las similitudes son el reflejo de una verdad más profunda: "los proponentes del pluralismo religioso asumieron que todas las religiones tienen elementos esenciales en común, y que la religiosidad humana universal era una buena base para el progreso social y la paz" (p. 28)<sup>2</sup>.

Por otra parte, una inmigración crecientemente heterogénea ha provocado que una pluralidad religiosa que fue pensada inicialmente como interna al protestantismo se extendiera para abarcar a católicos, judíos, musulmanes y luego a una enorme multiplicidad de creencias y prácticas. De esta manera, tal como lo enfatizan diversos autores en distintas partes del libro, de un país que se concebía en el siglo XIX como una nación cristiana (y que hasta su último tercio entendía además al cristianismo como sinónimo del protestantismo), se pasó a mediados del siglo XX a hablar de un país de tradición judeo-cristiana. A partir de los cambios en las leyes inmigratorias en 1965, que levantaron las restricciones al ingreso de migrantes de otras zonas del mundo, los norteamericanos se vieron confrontados ineludiblemente con nuevas realidades. En los años 70 el término "pluralismo religioso" adquirió nuevo impulso junto con el "multiculturalismo" y las llamadas "*identity politics*", en la medida en que se aceptaba que la identidad nacional se volvía crecientemente diversa. Para el año 2000 ya se sugería descartar la terminología "judeo-cristiana" en favor de la referencia a "las religiones abrahámicas", con el fin de incluir al Islam. El impacto de los hechos del 11 de Septiembre de 2001 y el estado de guerra posterior parecen haber tenido el

---

2 Las traducciones de las citas en inglés son propias.

efecto de cimentar la relación entre la religión y la democracia, al mismo tiempo que se ha consolidado un espacio aún mayor de apertura hacia otras religiones. De esta manera, destacan los editores del libro en su introducción, “con la posible excepción de la Wicca y otras religiones neo-paganas, ninguna comunidad ‘religiosa’ ha sufrido más marginalización que aquellos que no creen en Dios” (p. 10). Ser ateo puede ser pensado como antiamericano, y se genera la sospecha de que quien no responde a una moralidad religiosa probablemente no responda a ninguna.

En este contexto, entonces, el libro que reseñamos se ocupa de un tema que puede ser marginal para nosotros, pero es ciertamente central para la sociedad que estudia. Resultado de un coloquio organizado por el Lubar Institute for the Study of Abrahamic Religions en la Universidad de Wisconsin-Madison en abril de 2007, la organización de la obra da cuenta de un intento comprensivo (¡pluralista!) de enfrentar el tema: luego de una breve introducción histórica, se divide en cinco partes, que en realidad responden a tres lógicas distintas.

La primera parte, "Overviews", presenta una diversidad disciplinar: una historiadora (Porterfield), un sociólogo (John H. Evans) y un historiador devenido geógrafo (Bret E. Carroll) reflexionan sobre el pluralismo norteamericano a partir de los enfoques propios de su formación. Esta sección es posiblemente la más interesante del libro, por cuanto contiene las reflexiones más desarrolladas sobre el concepto mismo de “pluralismo” que los reúne. Leídas desde la distancia argentina resultan particularmente sugestivas las reflexiones de Porterfield, dado que la autora elige un enfoque historiográfico para mostrar cómo los estudiosos de la religión han concebido al pluralismo como un hecho neutral, una visión que permite el estudio de todas las religiones por igual, ignorando su origen intrínsecamente protestante y su consecuente idealización del objeto de estudio: “el pluralismo religioso como encuadre interpretativo alienta representaciones idealizadas de la religión [...] opera hasta cierto punto como una religión en sí mismo, un encuadre conceptual de interpretación que descansa en una comprensión universal y finalmente mística de la religión y de su importancia esencial para la existencia humana” (p. 22). Una investigación basada en los valores del pluralismo religioso, por ende, tenderá a subestimar el potencial de conflicto y las incompatibilidades entre los diversos sistemas religiosos, centrándose en aquellos elementos más compatibles con la convivencia pacífica y la aceptación de la diversidad, considerados como los “verdaderos” valores universales de esa religión frente a las “desviaciones fundamentalistas”

que la “falsean”. En el capítulo 2, Evans aporta nuevas dimensiones a esta idea al presentar al pluralismo como una estrategia para lidiar con la diversidad, basada en el presupuesto de que el conocimiento y el diálogo llevarían a la armonía social. Sin distanciarse de la validez de ese objetivo, Evans nos deja entrever sin embargo el funcionamiento ideológico del pluralismo religioso como religión cívica, al identificar dos “problemas” no deseados que podría estar produciendo: el crecimiento de la duda religiosa y la estigmatización del ateo en la medida en que la religión se transforma en terreno común básico para la sociedad. En el tercer capítulo, sin embargo, Carroll cambia la perspectiva: su definición del pluralismo religioso como dinámica de interacción e intercambio entre diversos grupos e individuos religiosos en un contexto cívico que impone determinadas reglas de juego abandona el análisis de la dimensión ideológica para centrarse en los procesos de conflicto y negociación que ocurren en el encuentro entre diversos “mundos” religiosos y que dan pie a la conformación de identidades geográficamente definidas. Su análisis permite resolver el dilema planteado por Porterfield, al ubicarse en ese lugar de cruce que es el espacio público, al que las múltiples formas de la religión contribuyen a dar forma. Sin embargo, debe notarse que cuando Carroll dice “pluralismo religioso” ya no está pensando en una ideología, una forma normativa políticamente impulsada de entender las relaciones entre los practicantes de diversas religiones y entre estos y el Estado, como Porterfield o Evans, sino en la dinámica existente, en las formas en que estas relaciones se dan efectivamente, sin ocuparse de las condiciones ideológicas que les dan forma, la construcción de esas “reglas de juego” que menciona en su definición. Llama la atención la imposibilidad de estos especialistas para ponerse de acuerdo sobre el significado del término que los convoca: si dentro de la misma sección de un libro dedicado al tema coexisten sentidos tan distintos esto no hace más que resaltar los problemas de definición de la frase “pluralismo religioso” a los que hacíamos referencia más arriba, y nos da indicios de que la polisemia del término puede no agotarse en distinciones relativamente simples.

La segunda y la tercera parte del libro siguen un patrón quizás más rutinario en este tipo de obra, y recogen las contribuciones de especialistas diversos sobre lo que ha significado el pluralismo religioso norteamericano para las diferentes comunidades religiosas. Encontramos así artículos sobre el evangelismo protestante (William Vance Trollinger Jr.), los católicos (R. Scott Appleby), judíos (Deborah Dash Moore), musulmanes (Yvonne Yasbeck Haddad), budistas (Thomas

A. Tweed) e hindúes (Joanne Punzo Waghorne). Resulta notable que la reflexión teórica de la primera parte no parece tener demasiado impacto en las partes siguientes, dado que a menudo los autores, luego de alguna concesión inicial hacia la teoría, tienden a deslizarse hacia igualar pluralismo con diversidad en la parte más etnográfica de su estudio: Stephanie Y. Mitchem incluso lo hace explícito diciendo “a lo largo de este capítulo usaré los términos pluralismo y diversidad como intercambiables” (p. 283). Por otra parte, resulta clara cierta confusión sobre cuál es el pluralismo en discusión: muchos autores centran su capítulo en la diversidad *interna* del grupo que analizan, lo que resulta en un efecto de aislamiento que va en el sentido contrario de la idea de pluralismo como diálogo, o como celebratorio de una aceptación integral de las diferencias. En otros casos, la perspectiva tomada lleva a algunos de ellos a contraponer la comunidad minoritaria que estudian a una “sociedad norteamericana” anónima en la que el pluralismo aparece cosificado como un hecho, con la consiguiente pérdida de agencia para los actores que se examinan: al tomar la perspectiva de sus fuentes, se crea la ilusión de que los actores confrontan con una sociedad estática a la que sus acciones no impactan y de la que parecen aislados.

Estas reflexiones se aplican también a algunos trabajos de las últimas dos partes, que recogen artículos sobre el impacto del pluralismo en diversos ámbitos de la cultura norteamericana. La sección cuatro se ocupa de algunos actores específicos: las mujeres (R. Marie Griffith), los afro-americanos (Stephanie Y. Mitchem) y la religión popular (Peter W. Williams); mientras que la cinco rescata el peso del pluralismo en la conformación de un cuerpo político nacional (Charles H. Lippy), en la política internacional (Paul Boyer) y en el terreno legal (Shawn Francis Peters). Ahora bien, las preguntas son en cada caso muy diferentes, y la posibilidad de organizar un panorama general a partir de sus trabajos es escasa. Mientras R. Marie Griffith intenta mostrar cómo la evaluación que las mujeres han hecho de otras religiones ha estado influida por su percepción de género y su preocupación respecto del trato que en ellas se da a las mujeres, Stephanie Y. Mitchem busca alentar a una indagación sobre la diversidad de la religiosidad negra y poner en cuestión la imagen de los afro-americanos como un bloque homogéneo de cristianos evangélicos, y Peter W. Williams compara dos tradiciones de religión popular para mostrar luego cómo una de ellas resulta más tolerante de las diferencias que la otra. Sin embargo, los diversos recortes identitarios tomados por los autores nos permiten una reflexión acerca de otra característica del pluralismo

norteamericano que a menudo se hace presente en el discurso sobre la Argentina, aunque sin que parezcan visualizarse muy claramente sus consecuencias: lo ubicuo de las “*identity politics*”, con su esencialización de las identidades étnicas/raciales y de género y su clasificación obsesiva de la sociedad norteamericana.

En efecto, las políticas de la identidad, que han tenido un peso considerable en los Estados Unidos a partir de la década de 1980, y que son en parte una consecuencia de las luchas por los derechos civiles de los negros en las décadas de 1960 y 1970, han sido ampliamente criticadas por diversos intelectuales que han señalado, entre otros problemas, que el poner el énfasis en la visibilización de los grupos subalternizados tiene el efecto paradójico de invisibilizar el proceso de construcción social de la diferencia, y por ende resulta legitimador de las categorías dominantes<sup>3</sup>; y que el énfasis que estas políticas han puesto en la dimensión cultural ha opacado procesos de opresión socio-económica, de manera que la celebración de la diferencia cultural (sea ésta pensada como étnica, racial o religiosa) y la insistencia en la necesidad de preservarla ha tendido a resultar sustitutiva de políticas económicas activas en beneficio de los sectores vulnerables que podrían ser sus "portadores" en lugar de complementarlas<sup>4</sup>. Si una ideología homogeneizadora de la sociedad tiende a ocultar la diversidad y puede resultar opresiva de las diferencias culturales, una ideología pluralista asume una visión estática de una sociedad dividida en compartimientos que aceptando sus diferencias (o inclusive celebrándolas) pueden convivir en armonía, pero tiende a esencializar y glorificar los particularismos y por ello puede dejar amplios espacios para la intolerancia ante la mezcla, las identidades múltiples, la creación de espacios nuevos, la autoidentificación individual. Volviendo a Porterfield, el problema del pluralismo aparece cuando nos lleva a creer que somos capaces de identificar a algunos fenómenos sociales como más “verdaderos” que otros.

Algunas ausencias en los temas presentados en el libro resultan llamativas en vista de la bibliografía que suele circular en nuestro medio: mientras que puede suponerse que el debate en

---

3 Scott, Joan: "The Evidence of Experience", en *Critical Inquiry*, Vol. 17, N° 4, verano de 1991, pp. 773-797.

4 Downey, Dennis J.: "From Americanization to Multiculturalism: Political Symbols and Struggles for Cultural Diversity in Twentieth-Century American Race Relations", en *Sociological Perspectives*, Vol. 42, No. 2, verano de 1999, pp. 249-278.

torno de la secularización puede resultar más relevante para los especialistas europeos, la discusión puntual de la categoría de “religión cívica” parecería surgir naturalmente de algunos de los capítulos de esta obra y sin embargo, no es siquiera mencionada<sup>5</sup>. Quizás más extraña aún sea la ausencia de referencias a Max Weber (que apenas merece una mención en todo el libro en relación con sus tesis sobre el ascetismo intramundano y su teoría del carisma), teniendo en cuenta sus reflexiones específicas en torno del rol de las denominaciones protestantes norteamericanas a principios del siglo XX en la vida civil como asociaciones voluntarias que funcionaban como garantes de la moralidad y la honradez de sus miembros<sup>6</sup>. Estas carencias resaltan en la última parte de la obra, en donde se examina más directamente la relación entre religión y política, y revelan un cierto provincialismo en la falta de diálogo con otras tradiciones historiográficas, un refugio en una suerte de “*splendid isolation*”, en la creencia en un excepcionalismo trascendente de la historia norteamericana que impediría compararla fructíferamente con otras realidades<sup>7</sup>.

Como conclusión, aún si los artículos reunidos en *Gods in America* son desparejos en calidad, el libro resulta una lectura interesante, tanto por los datos que aporta acerca de las particularidades del campo religioso norteamericano como por la posibilidad que nos brinda de confrontar las dificultades y ambigüedades del concepto mismo de “pluralismo religioso” en el país en donde éste fue acuñado (quizás, según lo sugiere Diana Eck, por el sociólogo Horace M. Kallen en 1915)<sup>8</sup>. Si estos conceptos, que han empezado a circular en los discursos públicos, van a hacer un ingreso significativo en nuestros discursos académicos, como los últimos años parecen indicarlo, resulta necesario multiplicar lecturas que nos permitan dejar atrás cierta inocencia y adquirir una mayor conciencia de las consecuencias del uso de un vocabulario que, como toda elección lingüística, tiene fuertes consecuencias en nuestra capacidad de interpretar y representar nuestros objetos de estudio y, en última instancia, de pensar a nuestra sociedad.

---

5 Entre muchas obras que han analizado la cuestión, puede consultarse una que analiza específicamente el caso de los Estados Unidos en comparación con otros: Gentile, Emilio: *Le religioni de la politica. Fra democrazie e totalitarismi*, Roma, Laterza, 2001.

6 Weber, Max: *Sociología de la religión*, Buenos Aires, La Pléyade, 1978 [1921], pp. 109 y ss.

7 Esta tendencia ha sido destacada por algunos historiadores estadounidenses, véase por ejemplo Bender, Thomas: *A Nation Among Nations. America's Place in World History*, Nueva York, Hill and Wang, 2006.

8 Eck, Diana: *A New Religious America: How a Christian Country Has Become the World's Most Religiously Diverse Nation*, San Francisco, Harper San Francisco, 2001, p. 57.